

manifestando deseo de que se pronunciasen lentamente todas las palabras, á fin de que penetraran mejor en su ánimo. Concluidas las oraciones, el capellan se alejaba tristemente del lecho, creyendo que el enfermo no tenia ya conocimiento; mas habiéndolo advertido Pio VI, le hizo una señal de que volviera, y continuó rezando las oraciones que él se esforzaba en repetir, hasta el momento en que se durmió pacíficamente en el Señor el 29 de agosto de 1799 á la una y veinte y cinco minutos de la noche, á la edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias, despues de haber gobernado la Iglesia veinte y cuatro años, seis meses y catorce dias, reinado el mas largo que se habia conocido desde San Pedro. Este es el primer ejemplo que despues de algunos siglos se presentaba de un Papa que haya muerto en el destierro.

Tal fué el fin de este ilustre Pontífice. La longitud extraordinaria de su pontificado es su menos título al recuerdo de la posteridad: aventajó mucho mas á su predecesor por las virtudes que por los años de su reinado. Elevado á la Silla de San Pedro en una época borrascosa y difícil, desplegó, durante todo el periodo de su gobierno, talentos y cualidades raras, que le aseguraron un puesto distinguido entre el pequeño número de soberanos que han sobresalido en el arte de gobernar. Lo que le caracteriza especialmente es la elevación y sabiduría de sus miras y su amor al bien público, acreditado por los numerosos establecimientos que mandó construir, y sobre todo por el desecamiento de las lagunas Pontinas, obra que por sí sola bastaria para eternizar su nombre. Pero lo que le eleva sobre los héroes profanos, lo que le asegura uno de los primeros puestos entre los gloriosos mártires de la Religion, es su muerte lenta y cruel, es su dolorosa agonía, es el caliz de amargura que bebió hasta las heces, son los ultrajes, humillaciones y horribles pesares que le abrumaron desde que estalló la revolucion frap-

cesa hasta el postrer momento de su cautiverio y vida; es la multitud de padecimientos é infortunios que soportó con una paciencia incontrastable y con un valor á toda prueba: hé ahí lo que le hace acreedor al dictado de Justo, y á que su nombre sea para siempre venerable en los fastos de la Iglesia y en toda la estension de los siglos.

Durante el curso de la enfermedad del Papa, el ayuntamiento fué puntualísimo en informarse de su situacion, y apenas cesó de vivir, dió el arzobispo de Corinto parte á la administracion central del departamento y al gobernador de la plaza. Al momento la autoridad civil pasó á la ciudadela, y despues de haber certificado la muerte de Pio VI por la declaracion de dos facultativos, dispuso que en su presencia se hiciese la autopsia del cadáver, y así se hizo á las cuatro de la tarde. Esta operacion fué practicada por el cirujano del Papa, que en el acto procedió al embalsamamiento en presencia de las autoridades civiles y militares, del embajador de España y de la servidumbre de Pio VI. Despues de embalsamado el cuerpo y cubierto con los vestidos pontificales, fué colocado en una caja de plomo, poniendo á sus pies una bolsa de terciopelo carmesí con borlas de oro, dentro de la cual iban las medallas de oro y plata acuñadas en los primeros años de su pontificado. La caja de plomo fué rodeada de seis vendas en las que se pusieron siete sellos, á saber, el de la autoridad municipal, el del gobernador de la plaza, el del embajador de España, el del arzobispo de Corinto, el del prelado Caracciolo y el del secretario de Pio VI. Estando ya la caja á punto de cerrarse, los comisarios llamaron al prelado Marotti para que en el acto compusiera, para poner en ella, un breve epitafio (1).

(1) Hélo aquí según en el acto le compuso el prelado:

Esta caja, encerrada en otra de madera, fué llevada á la capilla del gobierno, y á los ocho dias y para que se conservase mejor la bajaron á un sitio mas fresco, situado directamente bajo la misma capilla. Asimismo se pusieron sellos sobre los pocos efectos que aun le quedaban á Pio VI en el momento de su muerte. Sus entrañas habian sido colocadas á parte para reunir las con las de sus predecesores, que se conservan en Roma, desde Sixto V hasta Clemente XIV inclusive, en el coro de Santa Anastasia, parroquia del Palacio Quirinal; pero Pio VI, poco antes de exhalar el último suspiro, habia confirmado los deseos consignados ya en su testamento, de que si Dios lo permitia, sus restos mortales fuesen colocados bajo la tumba de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, ante la cual habia orado tantas veces durante su vida.

Así que se divulgó la noticia de la muerte de Pio VI, el pueblo corrió presuroso á la capilla y muchos tuvieron la fortuna de poder entrar. Unos rogaban por el Pontífice; otros le invocaban; estos derramaban flores sobre el féretro; otros las renovaban llevándose las primeras á sus casas; aqui se le tocaban medallas, velos, cruces, pañuelos, devocionarios y rosarios; alli se prosternaban al pie del féretro, besándolo con santo respeto: cada

Hic situs est
Pius Sextus, Pontifex maximus,
Olim Joannes Angelus Braschius Cesaenas,
Qui, diuturnitate pontificatus,
Caeteros omnes Pontifices praetergressus,
Ecclesiam rexit annos XXIV, mens. VI, di. XIV.
Decessit sanctissime Valentiae,
Die XXIX Augusti, anno MDCCXCLX,
In arce in qua obses Gallorum custodiebatur (a),
Dum annum ageret LXXXI, mens. VIII, die II.
Vir admiranda animi firmitate
Et constantia
In laboribus maximis perferendis.

(a) Los perseguidores no siempre se aperceben de todo, pues de lo contrario no habrian dejado pasar esta valiente linea. Obses en este caso quiere decir mas que rehenes, significa mas bien cautivo: lo cual acredita intrepidez por parte del que consignó el hecho del cautiverio de Pio VI en presencia de sus mismos carceleros.

cada cual queria poseer algo que hubiese pertenecido al Santo Pontífice; vestidos, cabellos, ropa blanca, papeles, todo era un objeto precioso para la fé de los cristianos; oraciones, votos, alegría, tristeza, admiracion, todos estos sentimientos se confundian, y todos, con lágrimas en los ojos, exclamaban: *Es un mártir*. Esta magnífica oracion fúnebre no fué la única: celebráronse en todas las iglesias católicas los funerales de Pio VI, y hasta el mismo Londres y San Petersburgo oyeron su elogio.

Nada le quedaba de su antiguo esplendor al Papa mas que algunos modestos vestidos exteriores é interiores, y estos únicos bienes que en el mundo poseia los habia dejado á los leales compañeros de su destierro. Las autoridades de Valence, deshonrando con la mas sórdida mezquindad la república que representaban, dijeron que estos tristes despojos del Pontífice eran propiedad nacional. En vano el caballero Labrador les hizo ver cuán indecorosa era semejante conducta. Las autoridades se empeñaron en defraudar á los servidores del Papa de esta módica recompensa de su celo y amistad, y la mayor parte tuvieron el sentimiento de regresar á Italia sin haber podido recojer esta manda, que por la mano de donde les venia, era tan preciosa á sus ojos. Pero el arzobispo de Corinto mas firme y valeroso que los demas, permaneció en Valence, esperando el resultado de las reclamaciones hechas por los legatarios al Directorio. Al volver Bonaparte de Egipto y pasar por dicha ciudad, tuvo el prelado con él una audiencia, y le suplicó se dignara interesarse con el Directorio en favor de su justa reclamacion y Bonaparte prometió hacerlo así.

Pio VI se habia asegurado protectores en el cielo proponiendo, durante su glorioso pontificado, á la imitacion de los fieles las virtudes de muchos piadosos personajes. No los indicaremos todos. En 24 de mayo de 1794, declaró bienaventurada á Sor. Maria de la En-

carnacion, (Mad. Acaria) carmelita. En un decreto de 11 de diciembre de 1793, equivalente á una beatificacion, aprobó el culto del B. Pedro de Treja. Otro decreto autorizó, en 1796, al cabildo de San Pedro del Vaticano y á las diócesis de Ancona y Sena para celebrar con rito doble el oficio del bienaventurado Antonio Fatati. Pio VI, que habia conocido personalmente y reverenciaba á Leonardo de Puerto-Marricio, promulgó tambien en 14 de junio de 1796 el decreto de su beatificacion. El día de la Asuncion del mismo año declaró que María-Crucifijo Tomasi, habia practicado en grado heróico las virtudes.

Entre los setenta y dos cardenales creados por este Pontífice en veinte y cinco promociones, nombraremos únicamente á Leonardo Antopelli, que murió siendo decano del Sacro Colegio; Andrés Gioannetti, camaldulense, arzobispo de Bolonia, buen teólogo, muy caritativo para con los pobres, y que permaneciendo en su puesto durante la invasion de los franceses, se hizo apreciar de ellos; Jacinto Segismundo Gerdil, de cuyo relevante mérito hemos hablado ya; Gregorio Bernabé Chiamonti, reservado para tan altos destinos y tan crueles infortunios; Muzio Gallo, obispo de Viterbo; Esteban Borgia, famoso por sus conocimientos, etc. Muchos extranjeros recibieron tambien el capelo en este pontificado. Entre estos citaremos á Tomás de Boxador, español, general de los dominicos; Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de Toledo, varon tan piadoso como ilustrado; Carlos José de Martiniana, obispo de Verceil; Victorio María Costa, arzobispo de Turin, que en setiembre de 1788 celebró un sínodo, cuyos reglamentos han sido justamente elogiados; Juan Enrique de Frankenberg, arzobispo de Malinas, tan celoso por sus deberes; y cuatro franceses, que son los señores de La Rochefoucauld, de Rohan, de Lomenie y de Montmorency.

Las desgracias de Pio VI, de aquel Pon-

tífice que coronó la vida de un santo con la muerte de mártir, fueron miradas y referidas por los obispos reunidos con una frialdad é ironía insultantes (1). Habíanse felicitado de ver á Roma invadida y al gobierno republicano erigido sobre las ruinas de la autoridad temporal del Papa: unas veces escribían homilias en favor de las instituciones republicanas y otras perseguían el ultramontanismo, y por último, sin cesar estaban publicando escritos en defensa de su causa, y autorizando la persecucion por sus declamaciones contra sus enemigos.

Viles aduladores del Directorio, se opusieron sin embargo con algun valor á los esfuerzos que este hacia para abolir la observancia del domingo. Once obispos decidieron, en 3 de diciembre de 1797, que no se podia trasladar la festividad del domingo el día llamado *decadi*: Mr. Saurine hizo varias reclamaciones sobre este particular, y dirigió una solicitud al Directorio; Mr. Le Coz publicó unas observaciones sobre el mismo asunto. Sin duda estos escritos desagradaron al Directorio, y prohibió los *Anales de la Religion*; sin embargo, no consiguió que dejasen de publicarse, pues salieron á luz en cuadernos sueltos con el nombre de *Memorias para la historia y la filosofía*, sin guardar periodo y variando de tiempo en tiempo la numeracion de las páginas. Mandáronse poner sellos en la imprenta-librería-cristiana, formada por Desbois. Mas para librar de una recogida los archivos constitucionales, fueron trasladados a diferentes sitios estos monumentos de cisma y de discordia. Una mudanza ocurrida en los individuos del Directorio, produjo un sistema menos represivo, del cual sacaron partido los constitucionales, valiéndose de la proteccion que les dispensaba Fouché, ministro de policia. Esto dió lugar á que su periódico volviese á recobrar su primitiva forma.

(1) *Comp. hist. sobre la Iglesia const.* p. cxii-cxiii.

El concilio de 1797, al que dieron el nombre de Concilio nacional, aunque no representaba sino la menor fraccion de la Iglesia de Francia, habia instado con viveza para que se nombrasen obispos en todas las sedes vacantes por muerte, apostasia, matrimonio ó abandono de las funciones eclesiásticas (1). En su consecuencia, los constitucionales se pusieron en movimiento. ¿Se hallaba tranquila alguna diócesis bajo la autoridad legítima? pues bastaba ganar el voto de algunos eclesiásticos y hacer con ellos un simulacro de eleccion, que se convertia en un foco de disensiones. Asi es como algunas ciudades tuvieron que recibir obispos sin solicitarlo, y cuya presencia no tenia mas objeto que introducir ó fortificar el cisma. En 1798 se verificó la eleccion de diez obispos, que fueron: los señores Lacombe, Etienne, Aubert, Villa, Demandre, Monin, el regicida Audrein, Dufraisse, Bulaux-Dupoux, y Blampois, para los departamentos de la Gironda, Yveluse, Bocas del Ródano, Pirineos-Orientales, Doubs, Ardenas, Finisterre, Cher, Allier, y Aube. El pseudo-concilio nombró tambien cuatro obispos para las colonias, á saber: Jacquemin, para Cayena; Mauviel, Capelle, y Lissoire para Santo Domingo. Estos dos últimos no fueron consagrados; Jacquemin por el contrario lo fué en 4 de febrero de 1798, pero no fué á Cayena, y despues del concordato quedó de párroco en Mezieres. Los constitucionales prosiguieron durante el año 1799 reclutando su episcopado: á proporcion que iban perdiendo clérigos por las retractaciones, hacian obispos para llenar los huecos de su partido. En los seis primeros meses de 1799 consagraron á Duchemin, Dorlodot, y Champaud para los departamentos de Calvados, Mayenne, y los Bajos-Alpes. Duchemin murió sin haberse presentado en Calvados, para donde habia sido consagrado un mes antes, en febrero, y fué reemplazado por Bisson: Lindet, obispo

(1) *Comp. hist. de la Iglesia const.* p. cxvii-cxli.

del Eure, que se habia casado, tuvo por sucesor á Lamy; Rouanet fué electo en el Herault en lugar de Ponderoux. No parece sino que se temia se acabara de masiado pronto el cisma, y asi se apresurase á multiplicar obstáculos á la paz de la Iglesia. Además de estas promociones, ocurrieron entre los obispos constitucionales traslaciones de unas sedes á otras. Royer, obispo del Ain, fué trasladado á Paris; Primat, obispo del Norte, á Lyon; y Saurine, obispo de las Landas, á los Bajos-Pirineos; mas estas traslaciones no se verificaron sin algunas dificultades. En Paris, por ejemplo, se habia formado un cabildo, cuyos individuos estaban divididos en lo tocante á la eleccion, pues unos querian que el prelado que iban á darse estuviese ya consagrado, y otros que fuese un simple clérigo. El cabildo llegó á publicar una pastoral contra las traslaciones. En febrero de 1798 se verificó la primera reunion del clero constitucional, y siendo así que no habia mas que sesenta y siete votantes aparecieron ciento trece votos. Este singular escrutinio, que no puede esplicarse mas que por una manifiesta infidelidad, ó por una burla dispuesta de antemano, no tuvo resultado por haberse hallado divididos los votos entre los obispos constitucionales y once clérigos. Gregoire, que era el que mas votos habia obtenido en esta paródia, se hizo cargo de la ridiculéz de la votacion, y dijo que no aceptaria. Habiendo anunciado el cabildo una asamblea general en el templo de Nuestra Señora para la eleccion de un obispo, la policia se opuso á que se verificara. De allí á poco tiempo, sin embargo, el cabildo presentó á Royer, obispo del Ain, para elevarlo á la silla de Paris: esta eleccion fué aprobada por las fracciones del pueblo comprometidas en el cisma; Royer manifestó que aceptaria provisionalmente esta Silla, y tomó posesion del mencionado templo el 15 de agosto de 1798. Al momento estalló una division entre los reunidos y este obispo, que no asistia á sus sesiones, y que se opuso, co-

mo en su lugar diremos, á la convocacion del segundo concilio.

A todo esto el Directorio, tiránico y aborrecible en lo interior, llegó á ser despreciable fuera de la nacion. No tenia ya, como la Convencion, el recurso de cubrir grandes crímenes con brillantes victorias, ni el de fascinar con nuevas conquistas (1). Por una parte la ley de rehienes, el empréstito forzoso, las deportaciones, y los rigores contra el clero, habían aumentado el número de los descontentos en el interior, y por otra la altivez del lenguaje diplomático, la invasion de la Suiza, donde tantas rapinas y violencias se habían cometido, y las depredaciones de Italia, habían indignado á las naciones extranjeras. En tal estado de cosas el Directorio fué derribado por un golpe de Estado, á imitacion del que él mismo habia dado en 18 fructidor: su reinado concluyó en 9 de noviembre de 1799 (18 brumario). El general Bonaparte, conocido por sus brillantes triunfos en Italia, y que acababa de escaparse de Egipto, hizo nombrar tres consules, de los cuales él era el último; mas no tardó en tomar ascendiente sobre sus colegas y hasta los separó del puesto, nombró otros enteramente de su gusto y empuñó por sí solo el timón del Estado. Ambicioso al par que diestro, principió dictando medidas que eran á propósito para captarse las voluntades; anuló varias leyes vejatorias del último gobierno, calmó el fuego de la guerra civil, que se iba nuevamente encendiendo en la Vendée, y mandó cesasen las deportaciones. Ni á los eclesiásticos ni á los empleados civiles se les exigió mas que esta fórmula: «Prometo fidelidad á la Constitución;» compromiso que algunos creyeron poder contraer, aunque no faltaron tampoco otros que, alarmados por tantos juramentos, medidas arbitrarias, y persecuciones que habían anteriormente sufrido, temieron que acaso no fuese mas que un pre-

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 358-359.

texto para atraerlos á nuevas exigencias que les eran mucho mas repugnantes. Muchos en la nacion concibieron halagüenas esperanzas de las disposiciones de Bonaparte, y hasta llegaron á creer que proyectaba restablecer el trono de los Borbones; pero los sucesos desmintieron tales conjeturas.

Lo que Bonaparte acababa de hacer en Egipto hubiera debido inspirar el presentimiento de que no trataba de restablecer la Religion mas que en beneficio de su poder, y que no la sostendría sino mientras le fuera dable doblegarla á su capricho. Sólo para dar pábulo á una actividad, cuyas consecuencias no se podian preveer, habían hecho ir á este joven general á adquirir gloria al otro lado de los mares, esperando acaso que en Oriente hallaría su tumba; pero él á su paso se apoderó de Malta. El carácter débil y tímido del gran maestre Hompesch, que dejaba enteramente el gobierno de la isla en manos de algunos intrigantes, dió lugar á que los principios de la revolucion francesa se establecieran hasta en aquella roca. Al presentarse delante de Malta la escuadra francesa, el comendador Bosredon, que con otros caballeros infieles á sus votos habia tramado ya un complot, respondió al gran maestre que le mandaba defender la isla: «He hecho voto de pelear contra los turcos; pero no contra los cristianos.» Hompesch, lleno de indignacion, tuvo aun valor para ponerle preso; pero habiendo estallado la sedicion preparada ya de antemano, Bosredon recobró su libertad. Cuando las columnas francesas se dirigieron contra la plaza, el comendador fué á avistarse con Napoleon, y de orden suya firmó una vergonzosa capitulacion, á la que el gran maestre no tuvo mas remedio que someterse. Hompesch, deshonrado por la bajeza de sus pasos cerca del vencedor, fué conducido á Trieste, en donde hizo inútiles protestas contra un tratado arrancado por la fuerza. Bonaparte, prosiguiendo su camino, dió principio á la fa-

mosa campaña de Egipto, durante la cual tuvo ocasion de estender la guerra hasta el Africa y Asia. En sus negociaciones con el Papa dejó el hipócrita guerrero entrever la esperanza de restablecer el culto católico en Francia, y en las proclamas que dirigia á los musulmanes se presentaba como un enviado, cuya mision estaba pronosticada ya por el Corán (1): de esta

(1) Walter-Scott, *Vida de Napoleon*, t. 8.—Véase tambien: *Coleccion de documentos para la historia eclesiástica á fines del siglo XVIII y á principios del XIX*; p. 306-330.

Entre otras proclamas citaremos esta: «ALEJANDRIA 13 mesidor año 6 (1.º de julio de 1798). Pueblos de Egipto: si os dicen que vengo á destruir vuestra religion, no lo creais, responded que he venido á restituir vuestros derechos y á castigar á los usurpadores y que respeto mas que los mamelucos á Dios, á su profeta y al Corán.... Cadis, jeques, imanes, sehorbadgys, decid al pueblo que nosotros somos tambien verdaderos mahometanos. ¿No somos por ventura nosotros los que hemos destruido al Papa, que decia que era preciso hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos por ventura nosotros los que hemos destruido las Caballeros de Malta, porque creian, los insensatos, que Dios queria que hiciesen la guerra á los musulmanes?»

Hé aqui un documento aun mas decisivo. Es una carta de Napoleon al jeque el-Missiri:

«11 fructidor, año 6 (28 de agosto de 1798). Espero que no tardará en llegar el momento en que podré reunir á todos los hombres sabios é instruidos del pais y establecer un régimen uniforme, fundado en los principios del Corán, que son los únicos verdaderos, y únicos que pueden hacer la felicidad de los pueblos.»

Pero nada conocemos mas abominable que la siguiente carta de Napoleon al divan del Cairo:

«Sea con ellos la salud del Profeta.» 3 thermidor año VII (21 de julio de 1799).—Hay en esa escuadra Rusos que aborrecen á los que creen en la unidad de Dios porque segun sus quimeras hay tres Dioses, pero no tardarán en aprender que no es el número de dioses el que da la fuerza y que no hay mas que uno solo, padre de la victoria, clemente y misericordioso, que siempre combate por los buenos confundiendo los planes de los malos, y que en su sabiduria habia decretado que yo vendria á Egipto para mudar su aspecto, y sustituir á un régimen devastador un régimen de orden y de

contradiccion nace legitimamente la consecuencia de que Bonaparte en el fondo no tenia ninguna religion, y que segun las circunstancias é intereses adoptaba en sus actos públicos la que mas conveniente le parecia para satisfacer su ambicion. Este ejemplo era imitado por sus subalternos. El baron de Menou, que Bonaparte llevó á Egipto, abrazó el islamismo, tomando el nombre de Abdallah, y se unió con una musulmana. ¿Qué moralidad podria atribuirse á tales apostasias? ¿Qué confianza se podria tener en el que las provocaba, ó por lo menos no las castigaba separando de su lado con horror á los que incurrian en tamaño escándalo? Bonaparte, siendo primer consul, nombró á Menou gobernador general de Italia: es decir, que ratificó en su corazon la felonía del apóstata, supuesto que despues de su crimen todavia le creyó digno de recompensa.

Obrando asi, da testimonio de su inmenso poder; pues lo que nunca han podido hacer los que creen en tres dioses, lo hemos hecho nosotros, que creemos que uno solo es el que gobierna la naturaleza del universo.

»Por lo tocante á los musulmanes que se hallasen entre ellos, serán reprobados; pues que contra el mandato del Profeta han formado alianza con potencias infieles é idólatras. Por ese hecho han perdido la proteccion que se les hubiera concedido: perecerán miserablemente. El musulman que se haya embarcado en un buque sobre el que tremola la cruz, el que todos los dias oye blasfemar contra el único Dios, es mucho peor que los mismos infieles.»

De manera que segun Bonaparte es una blasfemia el decir que en Dios hay tres personas!

El autor de la tan curiosa *Historia del Papa Pio VII*, aludiendo en la pag. 163 del tomo 1.º á uno de los documentos que acabamos de trascribir, le reputa sacado de un falso *Monitor* que forjaron algunos malévolos.